

Agitación nocturna

-Llegáis puntual –saludó la muchacha.

-Como debe ser –puntuó Diago.

Nada más acceder al recinto la criada volvió a cerrar la puerta con llave. Acto seguido se dirigió a la puerta por la cual había salido y el joven mercenario la siguió. Ahora se encontraban en una de las habitaciones destinadas al servicio de la casa. Había tres camas a la izquierda y una hoguera encendida a la derecha.

-Acogedor –comentó Diago- No parece mal sitio.

-Las camas son muy cómodas.

Al oír ese último comentario el muchacho no pudo evitar ver una intención oculta.

-Si, si que deben serlo.

-No lo sabes tu bien –pudo oír en un susurro mientras el aliento de la chica le acariciaba la oreja izquierda.

Eso último hizo que se le pusiera la piel de gallina. Empezaba a notar cómo una sensación de calor se le extendía desde el pecho, o quizás más abajo, no estaba seguro, hasta el resto del cuerpo. De repente sintió cómo la chica tiraba de él para encararlo hacia ella y acto seguido se lanzaba a sus labios. Durante un momento se dejó llevar y sus lenguas bailaron en sus bocas, pero después decidió apartarla.

-¿Qué pasa? –preguntó disgustada- ¿No te gusto?

-No, no es eso –concilió él- Lo que pasa es que tengo trabajo que hacer, que para eso estoy aquí.

-¿Tienes un plazo para hacerlo?

-No, la verdad es que no.

-Entonces no hay problema.

-¿Y no podrían pillarnos aquí?

-Ahora mismo no se aloja nadie aquí y los guardias no hacen ronda por la zona de servicio.

-¿Cuántos guardias hay?

-¡Ahora que me fijo! –exclamó- Hoy han doblado la guardia.

-¡No me jodas!

-Si, ahora son doce.

-Bueno, siguen sin ser muchos. ¿Por qué la han doblado? ¿No habrás cantado?

-¡Claro que no! Vino un caballero por la tarde a hablar con mi señor y poco después de que se fuera vinieron los otros seis guardias.

¿Un caballero? Eso despertó las sospechas del joven mercenario.

-¿Qué pinta tenía ese caballero?

-Era de la Orden de la Cruz Blanca. Era grande. Y rubio. Parecía de esos del norte.

-Viggo –dejó escapar Diago de sus labios.

-¿Le conoces?

-Si. Estaba presente cuando tu jefe se nos rió en la cara.

-¿Eso hizo?

-No literalmente, pero seguro que lo hacía para sus adentros.

-¿Entonces sabía que vendríais?

-Eso parece. ¿Sigue siendo posible acceder al cuarto favorito de tu jefe?

-Si, se puede hacer.

-¿Y qué es lo que se te ha ocurrido? Porque esta tarde no diste ninguna opción clara.

-Bueno, entradas tienes varias.

-Pero dijiste que no era fácil entrar.

- Cierto.
- ¿Tienes por lo menos la llave?
- Como ya dije sólo la tiene él.
- ¿Entonces no puedo entrar?
- Bueno, es posible que guarde una copia en su habitación.
- ¿Eres su criada y no sabes dónde la guarda?
- No, no lo sé.
- ¿Y tampoco lo sabe ninguno de los otros criados?
- No que yo sepa.
- Joder, bien empezamos.

De repente la muchacha volvió a abalanzarse sobre él. De nuevo sus lenguas se entrelazaron, pero Diago la apartó de nuevo antes de perder el control.

-A ver –dijo- Si los guardias extras están aquí por mí ya habrán pensado que éste es un buen punto de entrada, ¿no crees?

-Supongo –respondió disgustada.

-Así que lo mejor será que yo me ponga a lo mío y que tú te hagas la tonta y te pongas a hacer tus cosas. Si nos pillan aquí dale que te pego seguro que no tendrán la consideración de tomarme por un simple galán. ¿Cómo ves el llegar desde aquí hasta la habitación de tu jefe?

-Ahora con los guardias será más difícil.

-¿Y el recorrido?

-Primero tendrás que llegar al recibidor, que está al otro lado de la casa.

-¿Y cómo llego?

-Es fácil. Hay un pasillo en cada planta que rodea toda la estructura central. Sólo tienes que seguirlo hasta llegar al recibidor. Sabrás que estás porque el pasillo se convierte ahí en una amplia estancia. Después tendrás que subir por las grandes escaleras que llevan al piso de arriba.

-Suena, fácil. Demasiado incluso. ¿Cómo están colocados los guardias por la casa?

-De normal hacen ronda por los pasillos, mientras que en las escaleras y delante del dormitorio de mi señor están aposentados.

-Joder. Y para eso ya les daba con seis. Con doce no llego ni al recibidor.

Justo en ese instante pudo oír un tenue sonido. No tenía claro el que y eso no le hacía ninguna gracia.

-¿Has oído eso? –preguntó llevándose un dedo a los labios para indicar a la chica que no hiciera ruido.

Ambos quedaron unos instantes en silencio. El sonido era intermitente, pero constante. No tenía claro que fueran pasos, pero ante la duda se lanzó rápido pero silencioso debajo de la cama que tenía al lado.

-¡Ponte a hacer algo! –exclamó en un susurro.

Seguidamente vio como los pies de la muchacha se iban a otra parte de la habitación y acto seguido se abrió la puerta interior.

-¿Qué desea, señor? –preguntó la muchacha.

-¿Ha visto algo extraño por aquí, señorita? –sonó una voz áspera.

-No, señor. ¿A qué se debe el aumento de guardias?

-Nada extraño, señorita. El prelado ha tomado ciertas precauciones por recomendación de un caballero de la Cruz Blanca.

-¿Es que hay algún peligro? –preguntó mientras se desplazaba.

-Esperemos que no. Si no es una indiscreción por mi parte, ¿qué está haciendo ahora?

Más valía que tuviera una excusa buena, porque de lo contrario iban a tener problemas.

-Me disponía a llevar la ropa limpia de mi señor a sus dependencias.

Tras la respuesta de la chica hubo unos segundos de angustioso silencio para Diago, el cual era incapaz de ver algo más que los pies de ambos.

-Está bien, si ves cualquier cosa que te parezca extraña no olvides avisarnos.

-Tranquilo, señor. Estaré alerta.

Lo siguiente que pudo oír el joven mercenario fue el sonido de la puerta al cerrarse y las pisadas del guardia alejarse, tras lo cual salió de debajo de la cama.

-¿Sabes? Acabas de darme una idea –comentó Diago mientras se levantaba.

-¿Ah, si?

-Está claro que por el pasillo no voy a poder llegar hasta allí.

-¿Y qué has pensado?

-¿En qué parte de la casa están las dependencias de tu señor?

-Encima nuestro.

-¿Justo encima?

-No, justo encima no.

-Pero sí que da a esta calle de atrás.

-Si, eso si.

-¿Y no tenías que subirle la ropa limpia a tu señor?

-Eso era un farol.

-Pues se la vas a subir de todos modos.

-Pero aquí no hay ropa de mi señor para subir.

-¿Acaso los guardias comprueban que la ropa que metes en su cuarto sea la suya?

-¿Qué idea van a tener esos brutos sobre ropa de verdad?

-Entonces no hay problema.

-¿Y qué mas quieres que haga?

-Vamos fuera.

-¿Para qué? –preguntó confundida.

-Venga –la instó Diago.

Seguidamente ambos salieron al abrigo de la noche. La luz de la luna iluminaba la fachada mostrándola con claridad.

-¿Cuál es la ventana? –preguntó el mercenario.

-Esas tres –señaló la joven las correspondientes.

-Vale –confirmó Diago mientras examinaba el entorno.

Enseguida se fijó en un cobertizo que había en el lado derecho de la fachada. No iba a poder apilar cajas para subir a él por el riesgo del ruido, pero podía trepar por la verja, la cual tocaba con el cobertizo. Quitando los pinchos que había en lo alto no había mayor problema. Lo siguiente era la repisa que cruzaba la fachada.

-Esa repisa... -dijo- Creo que no podré subirme a ella, ¿verdad?

-Es muy estrecha.

-Entonces tendré que moverme a pulso por ella.

-¿Podrás hacerlo?

-Por supuesto. Tú sólo tienes que dejarme una ventana abierta.

-Eso es arriesgado para mí. Tendré al guardia al lado.

-Con que dejes la manilla suelta me vale.

-¿No crees que con esto me estoy arriesgando demasiado?

-Te recuerdo que vas a ser rica –comentó con una sonrisa.

-En eso tienes razón.

-No estás mostrando mucha preocupación por tu señor.

-He aceptado dinero por ayudar a que muera.

-¿Por qué?

-¿De verdad tengo que decírtelo?

-No, pero me gustaría tener una buena excusa para despachar a ese hombre a gusto.

-Es un borde.

-¿Nada más?

-¿A ti te gustaría que te trataran como a un trozo de basura? –preguntó molesta.

-Perfecto –dijo Diago sonriente- ¿Alguna duda respecto al plan?

-Ninguna.

-Entonces deséame suerte.

-Y yo que pensaba que no te gustaba –comentó la joven mientras se acercaba.

Seguidamente sus labios se juntaron de nuevo y el joven aprovechó ésta vez para pasear sus manos por el cuerpo de la chica, acto que vio correspondido casi al instante.

-Vale ya –dijo al momento separándola- Eres muy liberal para vivir aquí, ¿no crees?

-¿A ti también te parece mal? –preguntó molesta.

-Para nada, créeme. Sólo que éste no es el principado más adecuado para ejercer estas libertades.

-Bueno, cuando sea rica quizás me vaya un lugar mejor.

-En ese caso te recomiendo Lucrecio.

-¿Eres de allí?

-Por supuesto. Y que sepas que no hay mejor lugar.

-Lo tendré en cuenta.

-Supongo que eres consciente de que en cuanto esto pase tendrás que desaparecer.

-Tranquilo, ya lo había pensado.

-En ese caso ya va siendo hora de que me abras la ventana.

-No nos mates –se despidió mientras se dirigía hacia la puerta.

Ya era hora de ponerse serio, así que se sacó el turbante y se lo colocó como Jim le había explicado. Seguidamente se dirigió a la verja y se dispuso a subirla. Agarrándose con fuerza izó los pies y los apoyó para comprobar si las botas agarraban, viendo satisfecho que así era. Seguidamente ascendió levantando una mano seguida de su respectivo pie y después la otra hasta llegar arriba. Ahora tenía el tejado del cobertizo a su izquierda, así que con cuidado levantó la pierna izquierda para posarla sobre él mientras se sostenía a pulso sobre sus manos. Debía tener extremo cuidado, pues en ese momento tenía las puntas de lanza de la verja justo bajo su pecho. Si resbalaba podía darse por fiambre. Después le tocó a la pierna derecha, la cual le resultó más fácil de izar gracias a que podía apoyarse en la otra. Justo en ese instante notó como su mano derecha resbalaba y su cuerpo caía sobre los pinchos. Rápidamente apretó todo lo que pudo mientras todo su cuerpo se quedaba tenso. Seguidamente vio como las afiladas puntas tocaban su pecho mientras las notaba pincharle en la piel. Tenía la respiración acelerada y con razón, pues a poco se quedaba ahí.

Impulsándose de nuevo desplazó su cuerpo hasta quedar completamente sobre el tejado del cobertizo para seguidamente apoyar sus manos sobre él y quedar libre de la afilada amenaza. Después se puso en pie y observó con detenimiento las ventanas para tener claro cuáles eran las que le había indicado la joven.

-Esto me va a venir bien para los brazos –comentó mientras se asía a la repisa.

Entonces con calma comenzó a desplazarse. A la vez que se agarraba con las manos iba apoyando los pies en la pared para aliviar de carga los brazos. Lo último que quería en ese momento era una sonora caída. Cuando ya casi había llegado a las

ventanas indicadas pudo ver como una tenue luz emanaba de ellas. Eso podía ser bueno. Seguidamente avanzó hasta quedar debajo de la ventana iluminada de en medio. Pudo oír unas voces dentro, pero sin llegar a entender lo que decían. Temía que pudiera caerle una buena a la chica. Al momento le pareció oír a su izquierda el sonido de la manilla. Si así era esperaba a que se fuese la luz para entrar, así que se colocó bajo la ventana a la espera.

Llegado el momento se izó apoyándose con todas sus fuerzas sobre el brazo izquierdo y con el derecho agarró el borde de abajo de la ventana para comenzar a tirar hacia fuera. Poco a poco la ventana se fue abriendo emitiendo apenas un leve chirrido. Una vez abierta lo suficiente se agarró al marco y se introdujo con cuidado en la habitación cerrando la ventana una vez dentro. Había sido una suerte que nadie le viera y más con lo atestado que estaba la ciudad. Una vez asegurado empezó estirando los brazos para descargar la tensión acumulada. No había sido baladí llegar hasta ahí. Seguidamente examinó la habitación con la mirada. La luz de la luna entraba por las ventanas, pero no lo suficiente como para facilitar la labor. Lo que más destacaba entre las tinieblas era la débil línea de luz que se dibujaba bajo la puerta, lo cual quería decir que había antorchas al otro lado, algo obvio de todos modos. A su derecha estaba la suntuosa cama del prelado, cubierta con exquisitas telas y sobre ella un ostentoso dosel, dejando patente la humildad del eclesiástico. Ocupando casi la totalidad de las paredes podía ver muebles, estanterías y sobre buena parte de los primeros cuadros colgados.

-Primero los cuadros –murmuró mientras se disponía silencioso a buscar la llave.

Tras el primero no había nada, ni tras el segundo, pero sí tras el tercero.

-Bingo –dijo mientras lo dejaba a un lado.

Ahí tenía ante él la caja fuerte, en cuyo frente pudo ver una de esas famosas ruedas numéricas. Lo bueno era que se sabía el truco, lo malo que no tenía el oído ni el instrumental para ponerlo en práctica. De todos modos nada perdía por probar. Apretó su oreja contra el metal y comenzó a hacer girar la rueda. Dio vuelta completa en una dirección primero en una dirección y después en la otra, más despacio y más deprisa. Sin resultados, por mucho que lo intentaba no conseguía oír los golpecitos.

-Maldita sea. Igual no está ahí dentro. Con un poco de suerte la encontraré en otro sitio.

Tras dejar el cuadro en su sitio buscó tras los que todavía no había mirado sin encontrar nada.

-Joder –espetó mientras se rascaba la cabeza- Quizás la tenga dentro de algún libro.

Con la idea en la cabeza comenzó a pasear su mirada por las estanterías que había en la habitación. Muchos libros. Y más teniendo en cuenta que tenía una biblioteca de propio. Quizás alguno que considerar importante de alguna forma. Seguidamente se movió de una estantería a otra examinando con detenimiento dorsos y cubiertas que le llamaran la atención. La falta de luz dificultaba la lectura, pero peor aún eran los libros que no tenían nada escrito en el lomo.

-Me voy a pegar aquí toda la noche. ¿Dónde guardaría yo la puñetera llave?

Sin opciones inmediatas se dedicó a cavilar hasta sacar algo que le sirviera. Mientras lo hacía sus ojos fijaron en la cama, concretamente en la almohada. Sería estúpido por su parte dejar la llave bajo ella, lo suficiente como para que alguien que lo considerara inteligente no se planteara buscar ahí, pero como a él le parecía una rata miserable decidió mirar esperando obtener la satisfacción de saber que la estupidez era el complemento que le faltaba a tan detestable individuo.

-Casi –dijo decepcionado al no encontrar el anhelado objeto.

Seguidamente volvió a observar la cama. Lo lógico sería que la llave estuviera en la caja fuerte, pero en caso de ser así ya podía volver por donde había venido.

-Quizás... -se preguntó mientras se agachaba y levantaba el colchón- Mira tú por dónde –sonrió al poder ver la dichosa llave ahí metida.

Sólo esperaba que esa fuera la llave que necesitaba. Ahora sólo dos puertas y un guardia le separaban de su víctima. Esa línea de luz... tenía que estar ahí, tal y como le había dicho la muchacha. Sabiendo eso se guardó la llave, cogió el cuadro de la caja fuerte y se colocó en el lado de la puerta que le ocultaba al abrirla, estando ésta en el centro de la pared. Una vez colocado escuchó. Sabiendo que los guardias hacían ronda tenía que esperar el momento adecuado para hacer entrar al estático. Un guardia bien, dos mal. Entonces pudo oír unas pisadas que se acercaban. Al momento pudo oír lo que parecía un saludo y de nuevo el sonido de las pisadas, solo que esa vez haciéndose cada vez más débiles. No tenía claro cuándo se alejaría lo suficiente el guardia o cuándo llegaría el siguiente, pero tenía que jugársela. Mientras oía desaparecer las pisadas desenvainó el cuchillo y lo sujetó con los dientes, impregnando su saliva el turbante.

En cuanto dejó de oír las pisadas se preparó, tomó aire y cuando estuvo listo lanzó el cuadro tratando de que cayera al lado de su correspondiente mueble, el cual se encontraba en el mismo lado de la habitación respecto a la puerta. Éste al caer hizo un ruido seco lo suficiente mente débil para que apenas pudiera oírse más allá de la puerta. Seguidamente oyó un gemido de alerta antes de que la puerta se abriera a su lado. Entonces el guardia pasó a su lado empuñando la antorcha en su mano izquierda directo hacia el cuadro que yacía en el suelo. Su armadura hacía algo de ruido mientras se movía, lo cual era perfecto. Aprovechando eso Diago cogió la daga con el filo apuntando hacia abajo y se acercó sigilosamente por la espalda. En ese momento eran de agradecer las botas que le había conseguido Jim. De buena calidad, eran cómodas a la vez que apenas emitían ruido alguno al andar. El guardia tenía el cuello protegido por cota de malla, así que el golpe además de certero tenía que ser potente, para lo cual se agarró la mano que empuñaba la daga con fuerza para poder aprovechar la potencia de los dos brazos.

Una vez lo tuvo donde quería la hoja descendió veloz hasta hundirse en su nuca entre las anillas a la vez que emitía un leve sonido metálico mientras la sangre comenzaba a manar de la herida. Emitiendo apenas un gemido el guardia comenzó a desplomarse. Viendo que con esa armadura iba a alborotar toda la casa si caía en redondo Diago le pasó rápidamente los brazos por debajo de los propios para tenerlo sujeto. Entonces pudo oír cómo la antorcha golpeaba contra el suelo. Después todo quedó en un desesperante silencio. Diago esperó unos instantes sin mover un músculo mientras escuchaba atento al más mínimo sonido. Nada. Viéndose fuera de peligro por el momento suspiró aliviado.

Seguidamente volvió a poner su atención sobre el guardia muerto. Ahí lo tenía, entre sus brazos, inerte y cabizbajo. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Molestarse en que pareciera que el tipo planchaba la oreja o darse prisa en cumplir su cometido? De repente vio que el cuadro comenzaba a arder por la llama de la antorcha que le había caído encima. Eso le dio a Diago una idea. Alarma iba a haber de todos modos en cuanto descubrieran que la pasaba al guardia que no estaba en su sitio, lo cual iba a dificultarle la huida. ¿Por qué no enfocarla de otra forma? Teniendo la idea en mente depositó al guardia en el suelo con cuidado y acto seguido colocó la antorcha junto a los libros de la estantería que tenía a su lado pudiendo comprobar satisfecho que el fuego se propagaba con celeridad. Quizás demasiada.

-Voy a tener que darme prisa –comentó antes de extraer la daga del fiambre y volverla a colocar en su vaina.

Seguidamente se movió hasta el marco de la puerta y escuchó con atención a la espera de cualquier sonido. Al no recibir ninguno salió al pasillo y cerró la puerta tras él. Rápidamente miró en ambas direcciones, cosa que debía haber hecho antes de salir. Aliviado comprobó que seguía a salvo. Después observó la puerta que tenía ante él. Contrastando con el resto de la casa ésta era un conjunto rectangular de maderos unidos en horizontal. Rápidamente sacó la llave mientras se fijaba en la cerradura. Ya sólo quedaba que encajara para que pudiera cumplir de una vez con su cometido. Satisfecho comprobó que no ofrecía resistencia al entrar y giraba sin poner traba alguna. Al abrirla apenas hizo ruido alguno, lo cual agradeció. Sin más dilación la atravesó y la volvió a cerrar con la llave. Ya estaba dentro. Una iluminación casi inexistente le mostraba unas escaleras que descendían hacia una estancia desde la cual procedía la luz. Con calma y cuidado las descendió atento a cualquier sonido que pudiera indicarle la presencia del prelado. Conforme descendía podía oír el chisporroteo de las antorchas, pero nada que indicara la presencia de su víctima. Entonces pudo ver cómo iban apareciendo unas estanterías mientras llegaba abajo.

Justo cuando ya casi había descendido del todo pudo ver al prelado, el cual estaba de espaldas a él sentado mientras leía sobre una mesa. Se encontraba en el centro de la estancia, la cual era octogonal según podía ver Diago al fijarse en el techo nada más dejar las escaleras. Al mirar a los lados pudo ver una salida a cada uno que parecía descender aún más en la estructura. ¿Dónde se había metido? Fijándose mejor se dio cuenta de que desde cada salida se formaba un pasillo entre las estanterías que daba al centro de la estancia, en la cual había además de la mesa y las sillas varios candelabros encendidos de la altura de un hombre. Justo entonces el prelado se levantó de la silla. Casi sin tiempo el joven mercenario se movió de puntillas hasta quedar detrás de la estantería de la derecha. Desde donde estaba podía oír cómo el hombre manipulaba libros en una de las estanterías hasta que a los pocos segundos pudo oír el desplazamiento de la silla. Aprovechando para asomarse vio que había vuelto a la lectura quedando de nuevo de espaldas a él.

Era su oportunidad. Se agachó para desenfundar su daga y comenzó a avanzar en dirección a su objetivo. Despacio, no había prisa. El viejo estaba absorto en la lectura, inconsciente del peligro que se cernía sobre él. Conforme avanzaba pudo observar que había dos filas de estanterías formando un octógono cada una rodeando el centro de la estancia. Una vez en el espacio central ultimó algunos detalles, como el relativo a los candelabros. Éstos estaban colocados por todo el perímetro del espacio central, de forma que en cuanto comenzara a acercarse el prelado podría percatarse de su presencia. Aún estando ahí absorto no podía subestimar el hecho, así que elegiría la opción más fácil, acercarse a paso ligero para llegar hasta él antes de que pudiera reaccionar. Una vez decidido comenzó a avanzar con el brazo en alto.

Fue cuando ya casi estaba cuando el prelado pudo ver la sombra. Seguidamente se giró rápidamente en su silla, pero ya era tarde. La hoja descendió en diagonal para hundirse hasta la empuñadura en un lado de su cuello mientras sus ojos quedaban fijos en los de su verdugo. Intentó gritar, pero de su boca no salió más que sangre a la vez que un reguero manaba de la herida del cuello, impregnando así a su asesino. El desdichado intentó levantarse apoyándose en los reposabrazos, pero las fuerzas le fallaron y se desplomó en la silla. Acto seguido Diago agarró el respaldo con sus manos y acercó su rostro al del prelado hasta que sus ojos quedaron a apenas unos centímetros.

-No se en qué momento pensó que la estupidez que cometió ayer no tendría consecuencia alguna, prelado –comentó Diago mientras se descubría el rostro- Pero como ve –continuó sonriente- No se le puede hacer eso a quien valora la vida económicamente. ¿Se puede saber en qué estaba pensando cuando decidió no pagarnos?

–preguntó desconcertado– Dudo mucho que le falte el dinero. ¿Acaso lo hizo por que tenía la necesidad de reírse de hombres de poca fe como nosotros? ¡Dudo que usted mismo se crea lo que dice su amada iglesia siendo que paga a tipos como nosotros por matar a otras personas! ¡Ahora me dirá que ellos merecen morir porque no baila a su son y que nosotros no merecemos cobrar por lo mismo! Uy, es verdad, perdone. Casi se me olvida que no puede hablar en su estado.

Entonces pudo comprobar por sus ojos vidriosos que ya había muerto.

–Vaya –dijo decepcionando mientras se separaba de la silla– Y yo hablando con un fiambre. Espero que al menos haya oído lo que le tenía que decir.

Seguidamente se sacó la funda de la daga de dentro de la bota y la depositó en el regazo del difunto. Sin el arma de poco le servía. Entonces oyó los primeros gritos del exterior. Al fin se daban cuenta de que tenían un incendio. Ya iba siendo hora de irse, ¿o no? Lo cierto era que esas escaleras descendentes habían despertado su curiosidad. ¿Qué secretos escondería el hombre de Dios bajo la casa? ¿Qué era tan importante para que sólo el tuviera acceso directo? No podía resistirse ante la posibilidad de destapar trapos sucios de un miembro de la iglesia, así que miró en derredor. Tenía cuatro escaleras para elegir, una en cada punta de la habitación. ¿Conducirían todas al mismo sitio? De lo contrario, ¿cuál contendría el secreto más jugoso? Puesto que no había ningún tipo de referencia se decidió por la que tenía ante él en ese instante, aquella a la que apuntaba la esquina delantera izquierda de la mesa.

–Esto puede ponerse interesante –comentó mientras se dirigía hacia ella.

Las escaleras descendían hacia la oscuridad, pero al fondo podía vislumbrar una tenue luminiscencia, casi inexistente. Seguidamente comenzó el descenso. Debido a la ausencia de luz tenía que avanzar deslizando los pies para no perder las escaleras y caer. Tras un trecho pudo comprobar que la escalera cambiada de dirección hacia la izquierda y al pasar el recodo ver la luz proveniente de abajo. Ésta tenía un tono azulado, intrigando a Diago sobre el método que se usaría para iluminar esa parte. Movidio por la curiosidad decidió llegar hasta el fondo para ver que había ahí abajo y una vez abajo pudo ver que ahí había un laboratorio. Ya había visto alguno en Lucrecio, pero en ningún otro sitio.

–¿Iglesia y laboratorios? –se preguntó– Esto no me gusta nada.

Echando un vistazo pudo ver que la luz provenía de unos recipientes de cristal repartidos por la habitación. La luz que emitían era débil, dejando en penumbra la sala. Seguidamente paseó su mirada por las probetas y demás recipientes. Éstos se hallaban repartidos por cuatro bancos de trabajo rectangulares en el centro de la estancia. Justo en ese momento le pareció oír algo. Rápidamente miró en todas las direcciones mientras se ponía en guardia, aunque si iba a tener que vérselas con alguien tenía el problema de no llevar arma alguna. Nada, todo estaba en la más absoluta calma. Sin bajar la guardia siguió inspeccionando el infame lugar. ¿Qué clase de experimentos se realizarían allí? Quizás debiera examinar las otras salas. De nuevo oyó algo. Había movimiento, no sabía de qué pero lo había. Tenía la impresión de estar siendo acechado. En ese momento se encontraba en el centro de los bancos, atento a la más mínima señal. Tenía que estar detrás, fuera quien fuese tenía que estar ahí.

–¡Ha! –exclamó mientras se giraba rápidamente– ¿Creías que podrías...? ¡AH! –gritó sobresaltado al ver lo que tenía ante él– ¿Pero qué coño...?

Ante él había una criatura humanoide. Tenía una forma vagamente humana, pero no lo era. Debía de medir lo mismo que él. Estaba en una posición encorvada, dispuesta para atacar. Lo que más destacaba en su figura de piel quitinosa era su extraña cabeza casi humana coronada por unas protuberancias que la coronaban y algo parecido a una cuerda que le descendía desde la axila izquierda hasta la cadera. Cubierto únicamente

por un taparrabos portaba en su mano derecha una espada corta. Ante el giro repentino de Diago ésta bufó en respuesta. En ese momento estaba en un apuro, pues no llevaba arma ni protección alguna. Entonces la criatura se abalanzó sobre él dispuesta a estocarle con la afilada hoja, a lo que el mercenario respondió retrocediendo de un salto. Sin pensárselo dos veces cogió uno de los recipientes que tenía a mano a su derecha y se lo lanzó a la cabeza a su agresor. El impacto hizo añicos el vidrio a la vez que la criatura perdía la compostura. Aprovechando la situación Diago se abalanzó sobre él placándolo y derribándolo a la vez que le agarraba el brazo armado dispuesto a arrebatarse la espada. Seguidamente comenzó el forcejeo, estando el mercenario de lado sobre la criatura sujetándole la mano derecha con las dos, mientras esa cosa trataba de agarrarle la cabeza con la mano libre hasta que decidió darle un zarpazo en la cara.

-¡AH! –gritó Diago por el dolor- ¡Hija de puta!

Acto seguido empujó el brazo de su oponente contra el suelo para después rodar sobre él haciendo toda la fuerza que podía, consiguiendo quedar así espalda contra espalda con la criatura para después apresarle el brazo rodeándolo con el izquierdo. De nuevo esa cosa trató de arañarle con la mano libre valiéndose de esas garras que poseía mientras éste le retorció el brazo todo lo que podía para que soltase la dichosa espada hasta que finalmente consiguió que se desprendiera de su mano a la vez que la criatura chillaba. Una vez desarmada Diago aprovechó para propinarle un potente codazo en el rostro con el brazo que había estado usando para sujetarla y acto seguido agacharse para coger la espada. Sin perder ni un instante pivotó veloz hacia la derecha a la vez que aprovechaba el giro para trazar un amplio arco horizontal hacia donde debía de estar la criatura. Satisfecho vio como la hoja impactaba de lleno en el antebrazo derecho de ésta sólo para descubrir anonadado que sólo le hacía un tajo superficial del cual comenzó a manar lo que debía ser su sangre.

-¡Joder! –exclamó irritado- ¿De qué está hecha esta cosa?

En respuesta la criatura procedió a lanzarle un zarpazo con la izquierda ante el cual tuvo que retroceder para evitarlo. Él no tenía protección alguna, así que tendría que ser agresivo. Dispuesto a no dar cuartel a la criatura comenzó a acometer con veloces tajos y estocadas obligando a ésta a ponerse a la defensiva. Poco a poco la iba haciendo retroceder y si conseguía que diera contra el banco podría lanzarse sobre ella para rematarla, pero justo entonces, después de detener una de las acometidas con el antebrazo derecho, le agarró de la muñeca con la mano izquierda. Aprovechando que se la había apesado se la agarró también con la derecha y con gran fuerza lo lanzó mientras giraba hacia la izquierda por encima del banco y llevándose por delante todo lo que había sobre éste el mercenario cayó al otro lado.

-Ay, mierda –se quejó- Creo que me he clavado algo.

Según podía notar tenía algún que otro cristal clavado en la espalda. Antes de que pudiera recuperarse apareció de un salto la criatura sobre le banco para después emitir un chillido. Perfecto, la criatura a punto de saltarle al cuello y él servido en bandeja y como podía comprobar desarmado, pues ya no tenía la espada en la mano. Entonces la criatura saltó. No había tiempo para pensar, sólo para reaccionar. Rápidamente flexionó las piernas apuntando hacia arriba y cuando la criatura cayó sobre él las estiró con todas sus fuerzas propulsándola unos metros hacia delante. Aprovechando los instantes que tenía se levantó rápidamente y se apoyó sobre el banco. El dolor de la espalda era tremendo con todos esos cristales clavados. Puesto que no tenía problemas para moverse más allá del molesto dolor supuso que no se le habían clavado en ningún sitio importante. En unos instantes la criatura estaba de nuevo en pie preparada para continuar con la reyerta.

-¡Mierda de bicho! –espetó enojado- ¿Se puede saber de qué oscura madriguera has salido?

Frente a lo último lo único que obtuvo por respuesta fue otro bufido de la criatura. Estaba herido y dolorido, mientras que esa cosa seguía con ganas de bailar. Puesto que la criatura no se decidía a dar el primer paso Diago buscó la espada con la mirada, encontrándola a medio camino entre él y su oponente. Después sus miradas se cruzaron, conscientes ambos de la situación para acto seguido lanzarse sobre ella. Viendo que el no llegar a tiempo podía costarle la vida decidió cambiar de táctica antes de saltar por ella. En vez de ello continuó con la carrera y mientras la criatura se agachaba veloz para cogerla Diago echó la pierna hacia atrás dispuesto a lanzar una potente patada. Por ello, nada más tener esa cosa el acero en sus manos su rostro se encontró con la punta de la bota del mercenario, siendo derriba de espaldas por el brutal impacto mientras salpicaba sangre de su rostro.

Sin intención de dar tregua Diago se apoderó de la espada que la criatura no había llegado a asir del todo y seguidamente se abalanzó sobre ella antes de que pudiera recomponerse. Dejándose caer sobre ella lanzó una potente cuchillada a su pecho, pero el acero apenas se hundió unos centímetros a la vez que la criatura emitía un chillido de dolor. Dispuesto a hundir la hoja hasta la empuñadura el mercenario agarró el mango con las dos manos y echó su cuerpo encima para hacer uso de su peso. En respuesta la criatura agarró la espada por el filo con las dos manos y comenzó a empujar hacia arriba, impidiendo a Diago rematar la faena. Era fuerte la condenada. El joven mercenario comenzó a gritar y a gruñir mientras hacía toda la fuerza que podía para acabar con la criatura a la vez que ésta chillaba escupiendo sangre y hacía lo propio para salvar la vida.

Después de un forcejeo que se le antojó interminable la criatura consiguió echarlo hacia su izquierda para después hacerse con la espada que seguía clavada en su pecho. De espaldas en el suelo y teniendo a la criatura de nuevo armada y preparada para asestar el golpe mortal el mercenario vio sus horas contadas. Entonces se fijó en el cable. Ese maldito cable que le bajaba desde la axila izquierda hasta la cintura no podía estar ahí por nada. Acto seguido su oponente preparó la estocada mortal y Diago, sin otra alternativa, aprovechó la única oportunidad que tenía. Viendo la hoja venir agarró rápidamente ese apéndice alargado y lo situó en el camino de la hoja, siendo éste seccionado al instante, tras lo cual comenzó a brotar sangre a borbotones de la parte que salía de la axila. Entonces pudo ver cómo la criatura quedaba boquiabierta y con los ojos abiertos como platos mientras observaba con pavor lo ocurrido.

-Te he jodido, ¿verdad? –preguntó mientras contemplaba el incesante flujo de sangre- Joder, sólo una herida en la femoral sangra así de bien.

Acto seguido la criatura comenzó a agitarse entre chillidos a la vez que lanzaba cuchilladas mal dirigidas contra Diago. Viendo el panorama y antes de que pudiera acertarle giró rápidamente a la izquierda para después incorporarse sin dilación sirviéndose del borde del banco. Echando la vista hacia atrás pudo ver como la criatura se incorporaba también, así que se echó sobre el banco ahora despejado y rodó hasta el otro lado para después incorporarse de nuevo. Acto seguido la criatura saltó sobre el banco situándose frente a él. Arma en mano gruñía dispuesta a continuar el embate, pero el hecho de que el flujo de sangre se hubiera reducido a una simple emanación dejaba claro que el asunto estaba zanjado. Poco a poco comenzó a tambalearse hasta que finalmente se desplomó hacia delante ya sin fuerzas. Diago lo observó en su estado. Era grotesco, pero no podía evitar sentir cierta pena por él.

-Lo siento, cabroncete –comentó mientras le acariciaba la cabeza como a un perro- Pero tú te lo has buscado.

Poco a poco la moribunda criatura dejó de emitir sonido alguno, con lo que Diago volvió a posar su atención sobre el resto del laboratorio.

-Estando éste bicho aquí, ¿qué más habrá en este laboratorio? –se preguntó.

En respuesta a su pregunta un coro de gruñidos resonó llevado por el eco.

-Mejor me voy –dijo mientras un escalofrío le recorría la espalda.

Sin pensárselo dos veces se lanzó a la carrera hacia las escaleras por las que había descendido, ascendiéndolas sin traba alguna y llegando a la biblioteca. Nada más ascender tuvo que detenerse en seco al ver a dos guaridas junto al cuerpo sin vida del prelado, por lo que rápidamente y antes de que se percataran de su presencia se lanzó tras la estantería de su izquierda.

-¿Eh? –pudo oír la voz de uno de ellos- ¿Qué ha sido eso?

Aprovechando los instantes que tenía de tregua se colocó de nuevo el turbante para que no pudieran reconocerle. Poco a poco las pisadas del guardia se oían más cada vez más fuertes. Intentó apoyarse contra la estantería, pero el inmenso dolor que sintió al hacerlo le recordó que seguía teniendo clavados los condenados trozos de cristal, tras lo cual pudo oír de nuevo esos gruñidos provenientes de las escaleras.

-¿Pero qué demonios...? –preguntó el cercano guardia preocupado- ¿Se puede saber qué lugar es éste?

Ni si quiera Diago lo tenía aún claro, pero de lo que sí estaba seguro era de que no quería quedarse allí más tiempo, así que viendo a su derecha las escaleras de subida se acercó cuidando de no hacer ruido se acercó hasta ese borde de la estantería. Sabiendo que el guardia que se acercaba lo hacía por el otro lado echó un vistazo para tratar de localizar al otro, pudiendo verlo todavía junto al cadáver del prelado. Desde arriba descendieron los gritos de la gente que seguía en la casa además del sonido de las llamas consumiendo el edificio a la vez que oía de nuevo los gruñidos con mayor fuerza. Algo le decía que si no salía de allí rápidamente no lo haría nunca. Viendo la situación el sigilo ya no era la opción idónea, prevaleciendo la celeridad sobre ella. Sin perder más tiempo el mercenario se lanzó escaleras arriba a la carrera mientras iba echando mano a la llave.

-¡Eh, tú! –oyó tras de él nada más salir al descubierto- ¡Alto!

-¡¿Pero qué es eso?! –pudo oír de boca del otro guardia.

Corriendo escaleras arriba dejó atrás el coro de gritos y chillidos para llegar a la puerta que como esperaba estaba cerrada. Sin perder tiempo la abrió, saliendo a las escaleras del recibidor, el cual todavía estaba libre de las llamas, aunque podía ver la luz que emanaban proveniente de los pasillos que giraban a ambos lados a la vez que oía los gritos de la gente.

-¡Fuego! –podía oír- ¡Más agua!

Justo en ese momento asomó por el de su derecha un guardia corriendo, el cual al ver al mercenario se detuvo en seco.

-¡¿Quién eres?! –inquirió- ¡Contesta!

No había tiempo para tonterías, así que se lanzó escaleras abajo directo a la puerta principal, la cual esperaba no estuviese cerrada por dentro. Mientras lo hacía podía oír gritar y correr tras él al furibundo guardia. Comprobando satisfecho que tenía vía libre salió raudo a la calle, en la cual había gente corriendo y gritando de un lado para otro con cubos. Sin prestarles más atención salió disparado hacia los callejones y mientras lo hacía pudo oír como la gente gritaba al ver salir a un tipo encapuchado y manchado de sangre salir de la mansión en llamas.

Llevaba ya unos minutos corriendo por los callejones y el dolor de sus heridas comenzaba a ser insufrible, pero no veía el momento de parar. Todavía se oían los gritos

provenientes del incendio. Por lo menos ya había perdido de vista a quien pudiera perseguirle. De repente saltó ante él un tipo vestido de negro y con el rostro tapado por un pañuelo de nariz para abajo empuñando una daga. Si tiempo siquiera para maniobrar el mercenario no pudo sino dar de bruces contra el tipo desconcertado que no cabía en su sorpresa al ver a quién estaba asaltando. Tras un choque violento ambos cayeron de bruces, el tipo de espaldas y Diago rodando hacia delante. Al hacerlo no pudo evitar que su espalda herida diera con el suelo.

-¡Aaah! –exclamó a la vez que trataba de incorporarse.

-¿Pero qué...? –preguntó el bribón atribulado viendo ante él a un tipo encapuchado y cubierto de sangre- ¿Quién eres?

Viendo la daga en suelo el mercenario se lanzó a cogerla sin dudarle mientras que el otro no podía sino mirar aterrorizado como tan bizarro enemigo le arrebatava su único medio defensivo.

-¡Espera! –exclamó asustado mientras levantaba las manos en un tono conciliador- Yo no... Solo quería... Ya sabes... Sacarme un dinerillo... De verdad.

Ahora tenía al individuo indefenso contra la pared, así que harto de la ridícula situación cogió la daga con la empuñadura hacia abajo y rápidamente la introdujo en su bota derecha. Acto seguido se levantó para continuar su carrera, pero justo entonces una punzada de dolor le hizo perder el equilibrio, debiendo irse contra la pared para no caer de bruces al suelo. Inmediatamente giró si perder el apoyo con la pared, pues no quería quedar de espaldas a él. Seguía ahí, atónito, contemplándole todavía en el suelo. El dolor en la espalda era tremendo y los cristales seguían ahí lacerando su carne. Ante la indecisión del individuo le dirigió una mirada con la que esperaba disuadirle de seguir ahí con él, pero el tipo no terminaba de decidirse.

-Vete –le dijo.

En respuesta el tipo comenzó a levantarse despacio, pero seguía titubeando.

-¡Vete! –exclamó enojado.

A la última el hombrecillo salió de su estupor en un instante y desapareció por la esquina desde la que había aparecido. Al fin le dejaba tranquilo. Seguidamente se dejó caer deslizando su hombro por la pared y en cuanto quedó sentado en el suelo suspiró. No quedaba mucho para llegar a su hotel, pero antes necesitaba un respiro.

Al fin a salvo, o al menos eso esperaba. Había entrado por atrás, como había acordado con su mentor y una vez dentro se quitó el turbante para echárselo al hombro. Poco a poco fue avanzando por los pasillos sin prisa pero sin pausa comprobando satisfecho que no estaban siendo transitados, pero conforme fue acercándose a su habitación comenzó a oír sonidos. ¿Habrían mandado ya a alguien a buscarles? Con cautela avanzó por el pasillo, el cual estaba despejado, hasta su puerta. Definitivamente el ruido procedía de ella. Éste consistía en un golpeteo constante, así que o bien estaban martilleando algo o bien... Que iba a ser si no. Acto seguido abrió la puerta sin llamar, encontrándose ante él a Jim siendo cabalgado por una mujer rubia ya hecha y de buen busto. Al ver aparecer al joven ensangrentado ésta emitió un chillido sobresaltada a la vez que se echaba hacia la pared a la vez que el veterano se incorporaba.

-¡Joder, Jim! –exclamó Diago irritado- ¡Me pierdo un casquete por hacer el puñetero encargo y tú aquí dale que te pego!

-Veo que has vuelto de una pieza –comentó éste indiferente a la interrupción.

-Pues claro que he vuelto –respondió mientras se dejaba caer en la silla que tenía más a mano- ¿Acaso esperabas lo contrario?

-¿Todo bien?

-A mí se me iba a escapar ese. Ah, por cierto es posible que haya un incendio por allí cerca.

Ante la respuesta de su pupilo el veterano no pudo sino fruncir el ceño.

-Si –continuó- Es posible que se haya iniciado en cierta casa.

Conforme hablaban podía ver como la mujer se encontraba acariciando el pecho de Jim con el dedo índice impertérrita ante la conversación y el joven cubierto de sangre. Algo le decía que ya debía de estar acostumbrada a tales encuentros.

-En fin, hecho está. Te veo dolorido.

-Contéplalo tu mismo –dijo mientras se levantaba y se daba la vuelta.

-Vaya –comentó sorprendido- ¿Se puede saber qué has hecho?

-Un bicharraco me usó para barrer uno de esos bancos de laboratorio cubiertos por probetas y demás.

-Creo que deberías ir a lavarte, enano –respondió al último comentario- Esas heridas necesitarán un vistazo.

-Y que lo digas, anda que no duele.

-Cógete ropa nueva.

-Hasta ahí llego –dijo mientras abría el armario.

-Pero no la manches de sangre.

-Joder, ni que fuera tonto –protestó mientras cogía la ropa con cuidado- Hala, no os molesto más.

-A mí no me molesta –comentó la mujer mientras le dirigía una mirada cómplice.

-¿Ah, no? –preguntó Jim.

-Por mí puede unirse a nosotros.

Esa última afirmación lo dejó descolocado. Ciertamente la mujer era de muy buen ver, pero satisfacer a una mujer junto con su mentor era algo para lo que no estaba preparado.

-No, gracias –respondió en cuanto recuperó la compostura- No vaya a ser que me os desangre encima.

-Sería una divertida anécdota que contar –comentó Jim.

-Bueno, os dejo con lo vuestro –sentenció mientras salía.

La sensación del agua caliente en sus pies resultaba reconfortante y más teniendo en cuenta el escozor que sentía en la espalda fruto de los cristales que no se atrevía a quitar y de la orina que se había echado para prevenir cualquier infección.

-¿Qué tal lo llevas? –preguntó Jim al entrar.

-¿Ya has acabado tu cabalgata?

-No podía estar ahí toda la noche, aún quedan cosas que hacer.

-¿Cómo cuales?

-Ahora lo averiguarás. ¿Y bien?

-¿El bicharraco?

-Por ejemplo.

-Era muy extraño. Tenía una forma vagamente humana, pero lo más extraño era una especie de tubo que le descendía desde la axila hasta la cabeza.

-¿Y qué ha sido de él?

-Murió al cortarse el tubo.

-¿Se lo cortó él mismo?

-Conseguí que se lo cortara, de lo contrario me habría trinchado. Por cierto, ¿sabes lo que es?

-Hace ya tiempo de la última vez que vi a uno. Por lo que sé se llaman Grendel. Son cazadores natos.

Agitación nocturna
Martín Cativiela Calvo

-¿A eso se dedican? ¿A cazar?

-Humanos.

-Ah, entiendo.

-¿Algo más fuera de lugar?

-Pues ahora que lo dices habían doblado la guardia de propio esa noche. Por lo visto es cosa de Viggo.

-He ahí el quid de la cuestión. Seguro que no tardan mucho en venir a buscarnos.

-¡Entonces habrá que prepararlo todo! –exclamó el alumno alarmado.

-¿Pero tú que te crees? ¿Después de tanto tiempo conmigo y aún dudas de que no esté todo preparado?

-Joder, podrías habérmelo dicho antes. ¿Entonces ya supusiste que Viggo haría lo que ha hecho?

-No hay que ser muy perspicaz para sacar conclusiones de nuestra discusión con el prelado.

-Entonces nuestras cosas...

-Los caballos y el equipaje están ya fuera de la ciudad y nuestra indumentaria la he bajado aquí. En cuanto te limpiemos todo eso salimos.

-¿Nos estarán esperando?

-Seguramente.

-No me digas que vamos a tener que batirnos con todo un batallón nada más salir de aquí.

-No, tranquilo, siempre y cuando no nos demoremos en exceso.

-En ese caso ayúdame con mi espalda.

-Vaya –dijo el veterano mientras observaba con detenimiento el actual estado de la espalda de su pupilo- Tiene que doler.

-Pues claro que duele, quítamelos de una vez.

-¿No te los podías quitar tú?

-Si me los quito yo seguramente no haré más que empeorarlo. Ni siquiera sé dónde o cómo están.

-Está bien, dame un minuto. Yo de ti apretaría los dientes.

A la vez que Diago gruñía Jim echó mano de un taburete y un cuenco para seguidamente proceder a extraer los cristales. Poco a poco fue extrayéndolos mientras su pupilo emitía algún quejido ocasional.

-¿Ya? –preguntó Diago al oír como su mentor depositaba el cuenco en el suelo.

-Si. Otro baño de orina, lavado y vendas y listo.

-¿Solo dos? –preguntó confuso el joven mercenario al no ver más hombres armados en los alrededores.

Ambos contemplaban desde la ventana de su habitación la calle que cruzaba ante ellos. Estaban a oscuras para que quien vigilase pensara que no estaban, asomándose lo justo y necesario para poder ver lo que había fuera.

-Seguramente habrá más parejas como esa alrededor del edificio –comentó Jim- Y si todo va como he planeado pensarán que ya hemos abandonado el edificio.

-¿Entonces que hacen ahí esos?

-¿Es que no has oído que es mejor prevenir que curar?

-¿Y si vienen a registrar esta habitación?

-No tardarán en hacerlo, así que ya va siendo hora de salir.

-¿Por la ventana?

-¿Por dónde si no?

-Pero nos verán salir.

-Por eso esperaremos un poco a ver si con suerte se distraen un poco.

-Habrá que descender por el tejado y saltar.

-¿Acaso es lo más raro que hemos hecho?

Diago sonrió en respuesta a la última pregunta.

-Parecen caballeros –comentó.

-Deben de serlo.

-Llevan cota de malla, mucha hay que decir, pero aún así.

-Tenemos suerte de que aquí no vallan acorazados como más al norte.

-Si mal no recuerdo Viggo llevaba algunas buenas piezas por encima.

-Él debe de ser de mayor rango.

-Ahora que me fijo, ¿caballeros realizando labores de vigilancia?

-Es lo que tiene pertenecer a una orden.

Efectivamente los dos hombres que aguardaban fuera portaban el característico tabardo rojo con una cruz blanca que identificaba a los miembros de la orden de la cruz blanca.

-Por eso te hiciste mercenario, ¿no? –comentó el pupilo.

-Yo solo le debo obediencia a Don Dinero.

-¿Crees que serán peligrosos?

-Con suerte no. Seguramente serán de bajo rango.

Justo en ese momento un transeúnte que pasaba comenzó a hablar con ellos desviando su atención de la ventana.

-¡Ahora! ¡Rápido! –susurró el veterano a la vez que habría la ventana haciendo el menor ruido posible.

Veloces pero silenciosos descendieron por el tejado para después descolgarse hacia la calle. Cayendo a la vez al suelo recuperaron la atención que habían perdido por parte de los hombres de armas.

-¡Alto ahí! –ordenaron mientras asían las empuñaduras de sus armas.

En respuesta los mercenarios desenvainaron sus armas a la vez que se lanzaban sobre sus oponentes. Diago comenzó dirigiendo un potente golpe vertical sobre la cabeza de su oponente, el cual fue interceptado por una hoja de similar longitud a la suya desenvainada desde abajo. Por lo visto se enfrentaban las mismas armas. En respuesta su oponente dirigió su hoja en un giro desde su posición bloqueadora hacia el costado izquierdo del mercenario, teniendo éste que retroceder para evitarlo.

Veloz como un rayo Jim lanzó un golpe horizontal contra la muñeca de su oponente apurando el alcance de su arma antes de que éste pudiese desenvainar. A pesar de la protección que ofrecía la malla el golpe forzó la articulación hacia una postura nada sana a la vez que arrancaba un grito de dolor de su dueño. Sin perder un segundo avanzó echando el brazo hacia atrás para lanzar una potente estocada que penetró la cota y hundió medio palmo de acero en el estómago del infortunado, el cual se desplomó sobre sus rodillas mientras trataba de tapar la herida con la mano sana.

En cuanto la hoja le hubo rebasado Diago avanzó propinando una patada frontal a su oponente, acertándole en el vientre y haciéndole perder la compostura para nada más posar el pie en el suelo asir la empuñadura de nuevo con ambas manos y lanzarle un potente golpe en diagonal que le impactó en la base del cuello en lado izquierdo. La violencia del golpe derribó al novato caballero, el cual cayó al suelo gritando de dolor y perdiendo el arma. Rápidamente el novato asió el arma con el filo apuntando hacia abajo para rematar la faena.

-¡Venga, enano! –exclamó su mentor mientras se alejaba por los callejones- ¡No hay tiempo para eso!

-¡Joder! –espetó el pupilo antes de envainar su arma.

Acto seguido le propinó un puntapié al caído en la boca del estómago y salió tras el veterano.

-¿Hacia dónde vamos? –preguntó en cuanto consiguió darle alcance.

-A la salida norte. Obvio, ¿no crees?

-También podría serlo para ellos.

-Ellos no saben a dónde nos dirigimos.

-Podrían suponerlo, quieras que no Lucrecio es la mejor opción fuera de este principado.

-En ese caso es posible que nos tengamos que abrir camino a base de golpes.

-¿Y los caballos dónde están?

-Ya te dije que estaban fuera.

-¿Pero dónde?

-Al lado de la muralla.

-¿Se puede saber cuál es el plan? –preguntó Diago confundido.

-Obviamente las puertas estarán cerradas a estas horas.

-¡¿Quieres que saltemos?!

-No, tranquilo. Hay un pasadizo que cruza por debajo de los muros.

-Ah, menos mal. Empezaba a preocuparme.

-Ya hemos llegado –comentó Jim.

Ante ellos podían ver como se alzaba una de las torres que se repartían a lo largo de toda la muralla de la ciudad, la cual debía de medir más de diez metros de altura.

-¿Aquí está el paso subterráneo? –preguntó el pupilo.

-No hay paso subterráneo.

-¿Qué?

-Habrá que saltar.

-¡Pero serás cabrón! –exclamó irritado- ¿Por qué me has engañado?

-Para tenerte callado un rato.

-¡Hijo de puta!

Acto seguido el veterano le indicó con el índice que se callara.

-No querrás que nos descubran.

-Podrías habérmelo dicho desde un principio.

-Te prefería tranquilo.

-¿Sabes las ganas que me entran a veces de matarte? Por cierto, ¿cuál es el plan?

-Tan sencillo como subir y bajar.

-Dudo que escalemos a pulso.

-Habrás que entrar en la torre.

-Y el modo de hacerlo es... -comenzó Diago.

-Convencer a un guardia para que nos ayude a entrar.

-¿Y no harían más caso a un caballero como los que nos hemos ventilado antes?

-Si, pero los caballeros tienen un deber sagrado y los guardias se limitan a cobrar.

-Vale. ¿Y cual es el plan para bajar?

-Si todo está bien dispuesto no hará falta más que saltar.

-¿Cuántos pisos tendrá esa torre?

-Tres o cuatro hasta lo alto de la muralla.

-Ahora que me fijo –caviló el pupilo.

-¿Demasiado tranquilo?

-Tú lo has dicho.

-Estarán más pendientes de la propia salida que del resto de la muralla, pero tarde o temprano harán alguna pasada por aquí.

-En ese caso ya va siendo hora de buscar a nuestros queridos guardias.

-Sí, cuanto antes salgamos de aquí mejor. Sígueme.

Acto seguido comenzaron a deslizarse de nuevo por los callejones de la ciudad.

-¿Y ahora? –preguntó Diago en voz baja mientras el dúo observaba agazapado tras unos barriles a una pareja de guardias que patrullaba la calle.

-Necesitamos a uno vivo.

-¿Líquido al otro?

-Será lo mejor. En cuanto nos pasen de largo le rompes el cráneo al de la derecha.

-Y tú noquearás al de la izquierda.

-Con que le tape la boca será suficiente.

Durante unos instantes esperaron a que la pareja pasara de largo para seguidamente salir tras ellos en silencio. Sin hacer ruido alguno Diago desenvainó su espada mientras Jim hacía lo propio con una de sus pistolas. Justo entonces debieron percatarse de que les seguían, pero antes siquiera de que pudieran darse la vuelta la pesada hoja del pupilo impactó con violencia en el casco del infortunado, hundiendo el metal y quebrando el hueso. Viendo caer a su compañero ya inerte el otro giró al instante mientras echaba la mano a la empuñadura, pero el cañón de la pistola del veterano a apenas dos centímetros de su cara le dejó claro que no tenía posibilidad alguna.

-Amigo mío –dijo éste- Vas a hacernos un pequeño favor.

-¿Seguro que no me mataréis? –preguntó azorado el guardia ya ante la puerta.

-Siempre y cuando te portes bien –respondió Jim todavía apuntándole.

Los mercenarios se encontraban cada uno a un lado de la puerta pegados a la pared. Así el que estuviera encargado de la puerta no podría verles hasta que fuera tarde. Después de que el guardia diera tres toques se abrió una rendija en la puerta por la cual se desprendía la luz del interior.

-¿Sí? –preguntó una voz áspera desde el interior.

-Ronda concluida.

-¿No venís un poco pronto?

-No ha habido nada de qué ocuparse.

-Pues nos han dicho que la cosa está bastante agitada.

-Nosotros no nos hemos percatado de nada en nuestra ronda.

-Aquí nos han avisado de que dos mercenarios han asesinado al prelado y de que estemos alerta por si aparecen.

-Ahora nos enteramos.

-Sí, será mejor que salga la siguiente ronda –comentó antes de comenzar a abrir la puerta- Por cierto, no se habrá escondido tu compañero.

Nada más terminar de abrirla se encontró a Jim apuntándole a la cara.

-No –dijo con una sonrisa cómplice- Él no.

Ante la visión del arma no pudo más que quedarse clavado donde estaba.

-¿Podrías dejarnos pasar? –preguntó el mercenario.

En respuesta el hombre retrocedió unos pasos, tras lo cual el veterano entró mientras desenfundaba su otra pistola.

-Cierra la puerta y amordázalos –ordenó a su pupilo- Amigos, si os portáis bien podréis salir bien parados de ésta, ¿entendido?

Ante la perspectiva ambos hombres asintieron sin abrir la boca. No había nadie más en la estancia a parte de ellos, pero no debían de ser los únicos en la torre.

-¿Cuántos hombres hay en la torre? –preguntó conforme Diago los ataba.

-Quince –respondió el guardia de la puerta- Incluido un sargento.

Una vez amordazados Jim comenzó a oír un sonido nuevo.

-¿Lo oyes? –preguntó a su pupilo.

Ambos estuvieron unos instantes en silencio hasta que Diago se apresuró hacia la puerta y miró por la rendija.

-Ay, mierda –dijo preocupado.

-Déjame –ordenó Jim haciéndolo a un lado para mirar él.

Por la rendija podía ver cómo se acercaba un destacamento de hombres armados portando la cruz blanca y al frente de ellos destacaba claramente su querido amigo Viggo.

-Tenemos visita.

-Necesitamos tiempo –comentó a la vez que echaba el pestillo- Hay que apuntalar la puerta.

Rápidamente los dos mercenarios comenzaron a amontonar cajas delante de la puerta.

-Ya está –dijo Jim cuando le pareció suficiente- ¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder!

Sin perder más tiempo se lanzaron escaleras arriba hasta llegar a la puerta que accedía al siguiente piso.

-Abre –ordenó mientras guardaba una de sus pistolas y desenvainaba su espada.

Con la suya en la mano Diago abrió la puerta y sin más dilación se lanzó dentro de la estancia, en la cual había cuatro hombres con todos los pertrechos sentados jugando a las cartas. Nada más oír la puerta se giraron alarmados, pero la hoja de Diago descendió con fuerza sobre el cuello de uno hendiendo la cota de malla y matando al infortunado. En respuesta el resto se levantó echando las manos a las espadas, pero antes de poder desenvainarla uno de ellos cayó cuando una estocada de Jim penetró la cota de malla y hundió el acero en su cuello.

-¡Nos atacan! –gritaron conforme desenfundaban sus espadas.

Acto seguido Diago se lanzó a por el siguiente dirigiendo hacia él un potente golpe vertical. El guardia interpuso su espada pero debido a la potencia del golpe ésta cedió y la hoja impactó en su hombro derecho arrancando un quejido de sus labios y haciéndole perder la compostura. Aprovechando la ventaja el mercenario avanzó alzando de nuevo su hoja y describiendo un amplio círculo dirigió ésta contra el costado izquierdo de su oponente. Con gran contundencia el golpe hizo saltar algunas de las anillas a la vez que se hundía un par de centímetros consiguiendo que el guardia se desplomara a la vez que se echaba la mano libre a la zona impactada, de la cual comenzó a brotar sangre.

Nada más extraer la hoja Jim tuvo que detener la acometida del otro guardia, el cual venía decidido a por él. Veloz como el rayo apartó a la derecha la hoja descendente con la propia para acto seguido dirigirla mediante una estocada al brazo expuesto de su oponente, hundiéndola en la malla. En consecuencia éste gritó de dolor a la vez que su mano sin fuerzas dejaba caer su espada.

-¡Diago! –exclamó mientras extraía la hoja- ¡Cierra la puerta!

Obedeciendo a su mentor éste se dirigió a la puerta de entrada y la cerró y al darse la vuelta vio que Jim dejaba las armas sobre la mesa y comenzaba a empujarla.

-Venga, enano. Échame una mano.

-¿No darán guerra? –preguntó dirigiendo la mirada hacia los heridos mientras ayudaba al veterano a izarla.

-Si son inteligentes darán por concluida la pelea.

Y efectivamente tanto el que yacía en el suelo como el del brazo inmovilizado no hicieron más que observar desde el sitio.

-¿Cuántas plantas quedan hasta la muralla? –preguntó Jim después de colocar la mesa.

-Dos –respondió el que se tenía en pie- Quedan dos.

-¿Ves lo bien que se portan cuando no los matas? –se dirigió a su pupilo.

-Más les vale.

En ese instante aparecieron escaleras arriba cuatro guardias que acudían por los gritos de alarma.

-¡Ahí están! –gritaban conforme descendían- ¡Acabemos con ellos!

En respuesta los mercenarios volvieron a hacerse a las armas y cuando ya habían rebasado la mitad del tramo de escaleras un estallido hizo desplomarse al primero de ellos con un agujero en el costado. Seguidamente el segundo lo agarró para que no cayera por las escaleras, con lo cual bloqueó el paso a sus compañeros. Rápidamente Jim enfundó su pistola para hacerse con la otra y los dos últimos al verlo descendieron de un salto conscientes de que arriba serían un blanco fácil. Teniéndolos ya a su altura el dúo se abalanzó sobre ellos. Aprovechando que el suyo todavía estaba recuperando la compostura Diago dirigió la hoja contra su antebrazo derecho consiguiendo un fuerte ruido metálico acompañado de un crujido, el cual fue seguido de un alarido mientras la espada caía al suelo. Acto seguido le lanzó un gancho a la barbilla con las manos todavía en la empuñadura derribándolo en el acto.

Con el suyo ya firme Jim alzó su espada y en cuanto vio que su oponente levantaba la hoja en horizontal para bloquearlo avanzó con el pie izquierdo y trazó un arco por la derecha de su oponente que fue a dar en el lado rodilla derecha del guardia, quebrándola y haciéndole caer al suelo entre gritos de dolor.

-¡Malditos! –gritó el que quedaba en pie tras depositar a su compañero en las escaleras.

En respuesta Jim lo encañonó con la pistola y este al verlo perdió todo el ímpetu.

-Tira el arma –ordenó el veterano.

Sin pensárselo dos veces el hombre obedeció, dejándola caer a la planta.

-Baja.

Como si de su sargento se tratase el guardia siguió las órdenes del mercenario y cuando Jim lo tuvo delante le lanzó un directo que lo hizo caer en redondo.

-Joder, lo has noqueado –comentó Diago.

Justo entonces comenzaron a sonar golpes en la puerta.

-¡Abrid! –podía oírse la potente voz de Viggo- ¡No escaparéis, malditos asesinos!

-Vamos –dijo Jim- Se nos acaba el tiempo.

Con el enemigo en los talones los mercenarios ascendieron las escaleras tan rápido como les permitieron sus pies. Yendo Jim el primero abrió la puerta y accedió continuando la carrera viendo que como esperaba la estancia estaba vacía.

-En la siguiente si que habrá guardias –comentó Diago.

-¡Tú sube!

-¿Y la puerta?

-No hay tiempo –dijo ascendiendo ya las escaleras.

-No se si nos quedará para ellos.

-Tranquilo –concilió mientras enfundaba sus armas.

-¿Qué vas a hacer?

-El método rápido. Ponte tú en la puerta.

Una vez arriba Diago se colocó como Jim le había dicho a la vez que éste sacaba una de sus bombas estriadas de una de las bolsas del cinto.

-Joder –dijo el pupilo.

-Ya sabes –indicó mientras encendía una cerilla que acababa de sacar en la pieza de cuero que le cubría el cuello- Abres y cierras.

-Entendido –afirmó mientras asía el pomo con la mano izquierda.

-¡Ya! –exclamó tras encender la mecha.

Seguidamente Diago abrió la puerta y después de que la bomba rodara por la abertura la volvió a cerrar. Al instante pudieron oír las voces de los guardias y a los tres segundos sonó la esperada explosión acompañada del sonido de un impacto en la madera de la puerta.

-¡Vamos! –ordenó Jim.

Al abrir la puerta pudieron ver el panorama que había dejado la granada. Una mesa y unas sillas volcadas y astilladas y cuatro guardias en el suelo, unos retorciéndose y otros inmóviles.

-Pobrecillos –comentó Diago al verlos a todos tendidos sobre charcos de sangre.

En la sala, a diferencia de las anteriores, tenían una puerta a cada lado, las cuales debían de llevar a su correspondiente lado de la muralla.

-¿Y ahora? –preguntó el pupilo.

-Déjame que piense... -comenzó a cavilar- Por ahí –sentenció señalando la puerta que tenían a su derecha.

Justo entonces comenzaron a oír como ascendían sus perseguidores y abrirse la puerta de arriba de las escaleras, así que sin más dilación salieron a la carrera por la puerta indicada aprovechando Diago para envainar su espada. Ante ellos tenían un tramo de muralla de unos tres metros de ancho con las almenas a la izquierda y unos cincuenta metros hasta la siguiente torre de los cuales recorrieron la mitad antes de detenerse.

-¿Aquí es? –preguntó el pupilo.

-Sí –respondió el maestro mientras se asomaba.

En ese momento Diago se dio la vuelta al oír los gritos y el movimiento de los soldados, pudiendo ver como salían en tropel por la puerta.

-¡No escaparéis, asesinos! –gritaba Viggo a la cabeza del grupo.

-¡Mierda! –exclamó el joven mercenario.

-Tranquilo –concilió el veterano mientras encendía otra de las bombas.

Seguidamente la lanzó rodando a ras de suelo y ésta se deslizó entre las piernas del grupo hasta detonar en medio de ellos, esparciendo los fragmentos entre sus componentes, los cuales cayeron al suelo entre gritos. Especialmente infortunados fueron los que se hallaban en el borde, desplomándose éstos muralla adentro.

-¡Alehop! –exclamó Jim mientras se arrojaba al vacío.

Al perderlo de visto Diago asomó por la almena para ver cuál era el seguro de caída, siendo éste un carro lleno de paja. Contemplando a su maestro bajando ya de él le entraron serias dudas sobre si saldría igual de bien parado.

-¡Venga, enano! –gritó este- ¡No me seas gallina!

-¡ASTARLOA! –rugió una voz a su izquierda.

En respuesta giró la cabeza para identificar la nueva amenaza, pudiendo ver el enorme cuerpo de Viggo abalanzándose sobre él con un gran hacha en las manos. Viendo venir la hoja desde arriba el mercenario rodó hacia su izquierda para evitarla. Errado el golpe la hoja impactó contra la piedra emitiendo un potente sonido a la vez que hacía saltar esquirlas. Incorporándose con celeridad aprovechó su nueva posición

para lanzar un directo contra el costado del gigante, consiguiendo arrancarle un gemido. En respuesta éste giró su cabeza para mirar fijamente a su oponente y acto seguido soltó la mano derecha del mango del hacha para propinarle un potente revés. Sin verla venir Diago lo recibió en el lado derecho del rostro, siendo tal la fuerza del impacto que le lanzó rodando hacia el lado contrario. Después de dos giros recuperó la compostura y se reincorporó todo lo rápido que pudo para no quedar a merced del grandullón. Fue entonces cuando brotó con fuerza intenso dolor que se repartió por toda la zona golpeada, no pudiendo evitar echarse la mano a ella mientras comenzaba a sentir el sabor de la sangre en su boca.

-¡Ostia! –exclamó antes de escupir al suelo- ¡Menuda leche me has dado!

Podía sentir como se le hinchaba la zona afectada conforme el dolor aumentaba.

-Esa es la que debí darte ya en el templo –comentó el mastodonte.

Viendo que no tenía intención de atacar aprovechó para observarlo con detenimiento, pareciéndole más grande que la otra vez si cabía en ese momento. Pertrechado con varias piezas metálicas sobre malla su torso quedaba cubierto por el tabardo rojo con la cruz blanca presente por toda la ciudad. Y esa hacha barbada que portaba en sus manos que era casi tan alta como él le recordaba a los salvajes guerreros del norte. Mientras comenzaban a oírse voces y gritos por la ciudad conforme se iban encendiendo luces en la ventanas de las casas cercanas.

-¡Ha! –exclamó señalándole con el dedo- ¡Lo sabía!

-¿El qué, si puede saberse? –inquirió confundido.

-¡Sabía que tendrías un gran hacha!

-¿Por ser del norte?

-¡Por ser semejante bicharraco del norte!

-Veo que te fías de los estereotipos –comentó con una media sonrisa.

-Sobre todo si me topo con uno –respondió con una sonrisa lupina.

-En ese caso imagina lo que voy a hacerte con ella.

En vista de la situación Diago no vio otra que el enfrentamiento, así que desenvainó su espada bastarda y se puso en guardia con la espada en alto.

-Parece que sabes hacer algo más que sujetarla –comentó el caballero.

-¿Acaso esperabas menos? Por cierto, ¿cómo es que sabes mi apellido?

-No tuve más que preguntar nuestro difunto prelado sobre sus sospechosos clientes.

-¿Y sobre sus sospechosos gustos? No se si sabes lo que tenía bajo la casa.

-Lo que sé es que sois unos asesinos que merecen la muerte.

-Allá tú. En ese caso sólo me queda sacudirte.

-¡En ese caso detén esto si puedes! –exclamó a la vez que se abalanzaba sobre él.

Valiéndose de esos brazos como troncos lanzó un golpe horizontal desde su izquierda directo al cuerpo de Diago. Éste, haciéndose una idea de la inercia que llevaría el golpe, retrocedió con un deslizamiento largo y en cuanto la hoja le hubo rebasado se adelantó para lanzar un potente golpe vertical directo al cráneo de su oponente, pero antes de poder lanzar el golpe vio como la hoja del hacha volvía de nuevo directa su costado. Sin otra opción se tiró rodando hacia delante a la derecha con la esperanza de evitar el mortal acero consiguiéndolo por los pelos. Rápidamente trató de reincorporarse, pero Viggo, tras hacer un rápido pivote, le propinó una fuerte patada en el costado izquierdo proyectándolo más a la derecha. Valiéndose de su instinto consiguió ignorar el dolor durante un instante y aprovechar el impulso adicional para seguir rodando en la misma dirección hasta poder incorporarse de nuevo.

-Vaya, veo que no hay forma de que te quedes en el suelo –comentó el caballero relajando la guardia.

Aprovechando la momentánea tregua aprovechó para resoplar a la vez que se llevaba la mano izquierda al costado y escupía más sangre.

-¡Joder! –espetó visiblemente dolorido después de recuperar el aliento- ¡Menuda coz!

-¿Eso es todo? –preguntó en tono socarrón- ¿Ya no puedes más?

No iba a poder con él. Entre el hacha que podía partirle en dos de un solo golpe y la armadura que junto a la constitución del tipo podían aguantar cualquiera de sus golpes quedaba claro como iba a acabar el lance. Lo único que había conseguido era intercambiar sus posiciones, lo cual en vista de la situación era lo que necesitaba.

-No –dijo mientras envainaba su espada- No puedo más.

-¿Te rindes? –preguntó confundido- ¿Así sin más?

-Tú no sabes la noche que he tenido –comentó entre dientes mientras soportaba como podía el dolor del costado.

-¿Eres tú el que ha matado al prelado?

-¿Si digo que no, me libro?

En respuesta Viggo emitió una sonora carcajada, oportunidad que el mercenario aprovechó para lanzarse sobre la almena. No teniendo tiempo de comprobarla tan solo esperaba que fuera la correcta.

-¡Eh! –exclamó el caballero interrumpiendo su risa.

Una vez encima vio satisfecho que tenía debajo la carreta, así que sin nada que lo retuviera ahí arriba se arrojó de espaldas al vacío. La caída se le hizo eterna conforme veía alejarse las almenas. Si tenía la desgracia de caer mal podía dar por finalizada su carrera. Y su vida. Tras unos instantes interminables sintió el impacto de la paja bajo él, tras lo cual suspiró tranquilo sobre su mullida salvación, pero justo entonces asomó Viggo desde lo alto de la muralla.

-¡No creas que vas a escapar! –gritó enojado mientras subía sobre ella.

-¡¿No me jodas que...?! –exclamó el mercenario antes de ver al mastodonte precipitarse- ¡Aaaaaaah!

Maldita sea, si la caía encima semejante morlaco le mataba. Sin vacilar se deslizó de la carreta de un salto y acto seguido ésta se colapsó bajo el proyectil humano. Viendo el resultado Diago no pudo evitar retroceder de un salto.

-Coño, menudo porrazo.

-¿A qué esperas, enano? –gritó Jim, el cual se encontraba a unos treinta metros ya montado.

Entonces pudo oír los gritos de las tropas que se movilizaban fuera de la ciudad. Echando un rápido vistazo vio como se desplazaban las luces de las antorchas entre el mar de tiendas de campaña que rodeaban la ciudad. No había tiempo que perder, así que apretando los dientes y echándose la mano al costado corrió hasta llegar a su caballo.

-¡Sube, rápido! –le apremió el veterano.

A pesar del dolor consiguió subirse a la silla a la primera.

-¡Vamos! –exclamó su mentor.

A la voz ambos corceles salieron al galope entre el laberinto de tiendas dejándolo atrás en cuestión de minutos.

-Parece que te hayan dado una paliza –comentó Jim mientras galopaban.

-Casi, casi –dijo Diago entre quejidos.

-No te veo heridas.

-Si las hubiera habido te habrías marchado solo de esta ciudad.

-Por lo visto Viggo se libró de la explosión.

-¿Crees que se habrá matado?

-Algo me dice que semejante caída no es suficiente para él.

Agitación nocturna
Martín Cativiela Calvo

- Con tal de no verlo más me vale.
- Te ha arreado de lo lindo.
- Me ha debido romper alguna costilla –comentó Diago a la vez que resoplaba.
- Tranquilo, cuando tengamos un rato te lo miro.
- Más vale.
- Puedes estar contento, tu primer encargo ha sido un éxito.
- Si. Soy la ostia –afirmó satisfecho.
- Enhorabuena, asesino de clérigos –lo felicitó sonriente.